

Sonrió tristemente y repuso:

—Un hombre es, á menudo, más débil que una niña valerosa como Ud.

—Insisto rogándole á Ud. que pruebe. Diga que quiere prometérmelo.

—No, no puedo. Ahórreme Ud. la pena de una negativa y... váyase, señorita.

Al decir esto, parecia muy angustiado: apoyó la cabeza en el respaldo del sillón con un abatimiento tal, que yo sentí que algo se rompía dentro de mi pecho. Tuve un impulso, violentamente reprimido, por fortuna... ¡Estremézcome sólo de pensar lo que estuve á punto de hacer!

Debe de haber notado mi movimiento, pues me miró por primera vez desde el principio de nuestra rara entrevista, levantándose vivamente:

—¡Señorita, está Ud. de rodillas!... ¡Soy yo quien debiera hallarme á sus pies! — ¡Váyase Ud, se lo ruego; no permanezca más aquí!

De pié ya los dos en medio de la habitación, le pregunto todavía.

—¿Quiere Ud?.....

Signo negativo suyo, y á continuación:

—No me pida Ud. nada, pero permítame agradecerle lo que acaba de hacer. Me ha conmovido Ud... muy profundamente.

Hallándonos ya cerca de la puerta:

—Me iré sola, —dije— no baje Ud.

El se inclinó mucho, sin tenderme la mano.

Yo salí del gabinete y volví la cabeza una vez más; no hablando ya, de miedo que oyesen los criados, si bien mirándole con ojos suplicantes.

El no habló más tampoco; pero los suyos se iluminaron con un destello de ternura, y me sonrió.

Ah! ¡Con esa sonrisa, me llevaria al fin del mundo y me haria olvidarme de todo!

Abril 12.....

Necesario es abrir de nuevo este cuaderno teniendo el valor de consignar el horrible suceso: ¡Ha partido!

Partió á la mañana siguiente del mismo día en que dibujara aquella sonrisa que me inundó de luz.

Estoy pasando las horas más amargas. Mi cerebro vacila y creo que nada con vida queda ya en mí; no soporto la mirada de nadie. Busco, como el animal enfermo, un rincón de sombra y de silencio para morir. Pregúntome á veces con estupor: ¡Vamos! ¿Es creible que yo ame á ese hombre hasta tal punto?

Me duele horribilmente la cabeza, tengo fiebre, no como; apenas si sé que tengo cuerpo; no siento más que el tormento que me está devorando. Las noches son lúgubres, lentas, interminables. Cuando apunta el día, la fiebre decae y sucumbo á la fatiga. Persiguenme entonces sueños más terribles aún que la realidad. Se me aparece él con sus ojos de sombra, con su amada sonrisa; toma mi mano entre las suyas y murmura palabras de cariño que me hacen mas intolerable la vigilia.

¡Oh! Ese triste despertar, á la luz mortecina de esas mañanas de lluvia! Poco á poco salgo de mi sopor con la sensación de mis miembros adoloridos y mi frente que quema. Luego, bruscamente, surge el recuerdo desgarrador, vivo como un relámpago: "¡Ha partido!" Y entonces, entre ahogados gemidos, me revuelco en la cama y cierro los ojos queriendo anoadar mi pensamiento.

No podré más, no, levantarme y proseguir mi carrera solitaria en la ruta donde sé que han sangrado mis pies. Siento una inmensa depresión, nada

apetezco; sólo acostarme y dormir, dormir,.... sin pensar y sin despertar.

Abril 15.....

¡Vaya, es mucha cobardía! Algo mejor habrá que hacer de mi vida consumiéndose ahora en las lágrimas, porque el azar ha interpuesto en mi camino á un Señor que tiene ojos negros y actitudes de Bello Tenebroso... ¿Cómo es que no he sabido preservarme de esa suprema humillación que se llama el amor? Yo, tan envanecida de mi buen juicio; yo, que no tenía desprecio bastante para las débiles criaturas que sólo aspiran á sacrificarse por el amor de un hombre, soy ahora más débil y más pusilánime que ninguna.

Peró no! Esto no es mas que un vértigo del que volveré mas firme y mejor templada, puesto que he estado ¡ay! á prueba de fuego.

Ni llanto ya, ni recriminaciones. No quiero juzgar al hombre por quien sufro; no quiero saber si mi corazón se ha destrozado por un objeto indigno. "A nuestros dioses muertos,—como dice el maestro Rénan—hay que envolverlos con sudario de púrpura."

Por otra cosa debo, pues, luchar: por el olvido; pero el olvido completo, glacial. Si he amado como la mas debil de las mujeres, sabré, cuando meños, curar en silencio de mi herida sin que nadie la sospeche jamás.

Me he puesto á acariciar, uno á uno, mis libros queridos. Vosotros vais á aliviarme ¿no es así? Vosotros vais á verter en mi alma enferma, toda vuestra calmante y benéfica sávia.

Abril 19

—Hasta hoy he vuelto á ver á la Sra. Elder, desde la partida de su hijo ¡Bendigo á la casualidad que la alejó de aquí durante unos días! Embarrassoso me hubiera sido verla antes.

Cuando estuvimos juntas, pude leer en sus ojos una impresión de asombro. Sin duda adivinó en mí un dolor que, oculto, no podia ser compartido.

Niuguna pregunta me hizo, pues, al notar mi faz cadavérica y mis ojos hundidos. Esa mujer admirable sabe por fino instinto lo que cada alma necesita; que mi orgullo sangraria con una palabra ó con un gesto de compasión, y de allí, que se me debe dejar, con mi genial altivez, sufrir en silencio y recobrar me por mi propio esfuerzo.

—Cae Ud. muy á tiempo—díjome con afabilidad.—He traído de mi viejo palomar de Borgoña, toda una biblioteca inglesa que he arrancado al polvo y á los gusanos. Tiene Ud. á todo Shakespeare, á Coleridge, y los Lakistes y Byron y el delicioso Tennyson; tambien Maucalay y otros historialores. ¿Quiere Ud. que Francisco transporte todo eso á casa de Ud? Sé que posee bien la lengua y que tiene la intuición del genio inglés para pasar ratos muy agradables entre esos libros viejos. Y además—añadió—en las malas horas, por lo regular, nada es mejor que un trabajo intelectual, completamente desinteresado.

Acepté con placer y reconocimiento, esperando encontrar en tales estudios un saludable derivativo.

XXVII.

Abril 28

—Trabajo con entusiasmo, con positivo fervor. Desde que la Sra. Elder mandó los libros, hace ocho días, me dedico á ellos muchas horas del día y aun gran parte de las noches.

¡Qué gran descanso libertarme algunas veces del pesado fardo de mi pensamiento para penetrar en el númen de un poeta ó de un historiador: huir de ese yo que sangra y se queja, para vivir un momento en lejano ensueño, fuera de la realidad! Trabajo hasta caer, en medio de la noche, descoyuntada sobre mi lecho, donde duermo con el sueño del bruto

La primavera luce por doquiera; me imaginaba que ya no vendría este año. Cerrar quisiera puertas y ventanas al sol radioso, á los perfumes del viento, al murmullo de los nidos, á ese inmenso suspiro de la tierra que nos hace volver de nuestros letargos.

Para substraerme al pérfido encanto de esas tibias noches, tan luego como llega la dulce hora del crepúsculo, entorno mi persiana, enciendo una lámpara, y allí, donde no he soportado una flor, abro un libro, y apretándome la frente con ambas manos, leo y leo hasta que las líneas empiezan á bailar delante de mis ojos

Mayo 12

—Asústame la media luz de la mañana, muy temprano me despierta el gorjeo de los pájaros. Por mi ventana entreabierta penetran frescas bocanadas con aroma de lilas, de narcisos y de alelíes.

Disfruto de esa sensación sin lograr disipar el sueño.

Entretanto, una sombra, borrosa al principio, pero más distinta y real á cada instante, llega junto á mí. Veo que es él y que rechazarle debiera, huyendo; pero inerte sigo, recreándome con las palabras que murmura; y tan de cerca, que hasta siento el roce de sus labios.

Cuando he podido reponerme un poco de la deliciosa y temible hipnosis, hallo en mi ojerosa y pálida cara reproducida por el espejo, un yo misterioso que desconozco y que me espanta.

Junio 10

—Me he propuesto, con el objeto de poner término á tales languideces, sujetarme desde hace ocho días al siguiente régimen de vida:

A la hora de la madrugada, que es cuando se provoca esa somnolencia mortal para mi equilibrio, salto de la cama medio dormida, vístome apresuradamente y bajo al jardín. Allí, armada de un azadón ó de un rastrillo, cavo, formo surcos, planto. El irónico sol me tuesta: ahora tengo cara y manos de bronce; ¡triste bronce! A las siete y media, subo á asearme, con el cuerpo estropeado, pero el espíritu sereno.

Esta mañana acababa de repuntar unos fresales al rededor de un cuadro de coles, empapada mi frente de sudor, cuando la señorita Hortensia se presentó rozagante y ancha con su blanca camisola, alzando al cielo sus manos regordetas.

—¡Dios mío! —exclamó— ¡Eso sí que es una locura, va Ud. á matarse en este maldito jardín!

—No, señorita, —respondí riendo— al contrario:

me estoy curando de una enfermedad imaginaria, recientemente contraída

Junio 11.

—Por la tarde, después de haber dado mi última lección, encontré en la calle á la Sra. Ladowska, produciéndome su vista dolorosa conmoción.

¡Vamos, —me dije— serenidad!

Y pasé afectando indiferencia. No he querido preguntar ni porqué volvió ni donde dejó á su amigo.

Al llegar á casa, múdome de prisa el vestidillo de tela y corro á regar las fresas con la gran regadera pesada que me cansa tanto los brazos. Después del riego, me pongo á traducir á Shelley.

Junio 25.

—Fui esta noche á «Villa Blanca» á ver á mi excelente amiga. Hallábase en el jardín, tan abstraída en la lectura de una carta, que llegué hasta ella sin que me notara.

—¡Ah, es Ud.! —exclamó— No la había oído, estaba tan ocupada... Es una carta de mi hijo. A propósito: ¿sabe Ud. que está en Dinamarca?

—No, no lo sabía —respondí con naturalidad.

—Su carta está fechada en Elseneur. ¡Cuánta poesía hay en ese nombre! La semana pasada, en vió unas bonitas páginas á la «Revue de Paris.» ¡Quiere ver tantas cosas que tengo mucho miedo de que deje morir á esta pobre madre antes de su regreso! No obstante, armándome estoy de paciencia, porque desde su partida, se halla tan cerca de mí por

el corazón, como jamás lo estuvo. ¡Me escribe unas cartas tan cariñosas!

En ese momento, me puse á arrojar al perro «Step» del prado de geranios y la Sra. Elder perdió el hilo del discurso.

XXVIII.

Junio 20 de 1900.

Vuelvo, después de un año de silencio, á abrir este cuaderno que el polvo había cubierto con su túnica gris, la túnica del olvido.

¡Cómo ha cambiado mi letra, de la página precedente á la de ahora! Era elegante, un poco esbelta; hoy es gruesa, firme y parece trazada por la mano de un hombre.

¿Qué lucha interior, misteriosa, no estarán revelando esos negros signos sobre el blanco papel?...

Tomo de nuevo este cuaderno no terminado, doy vuelta á la hoja y de nuevo escribo también, sin querer leer lo anterior. Por otra parte, si volviera á leer esas páginas de la otra primavera ¿me serían inteligibles? No despertemos todas esas voces lejanas que han callado ya; no turbemos el gran silencio, á tanto precio conquistado.

Viéneme en este instante el recuerdo de un antiguo claustro que visité una tarde del último otoño. Las salas espaciosas y blancas estaban quietas, ningún ruido las animaba, el sol que penetraba por las altas ventanas parecía anémico, sin calor. Dentro del gran patio desierto, ni un manojo de hierba, ni una hoja descubriendo su verde matiz entre aquella helada blancura; ningún pájaro había fabricado su nido á la sombra de los techos. En todas partes, lo blanco y un silencio absoluto.

Refiriéronme que, en otro tiempo, un joven religioso se había matado allí. La inmensa morada no ha conservado nada de aquella muerte espantosa. Mucho tiempo hace que las lluvias del cielo lavaron las losas por donde corrió la sangre, y que el escaso sol ahuyentó la errante sombra. Es un claustro sin eco: mas de una vez, he pensado que mi vida se le parece; y no me quejo. ¡Tantas existencias, hay, mas obscuras y mas estrechas que la mía! Poseo una especie de ventura negativa, pero no sufro: el ser quejumbroso y doliente, el de ternura y de deseo, todo ha muerto en mí. . . . Ahora bien, ¡que duerma en paz y que no se vuelva á hablar de él!

Pero mientras que el corazón se me anesthesiaba, la vida aflúa á mi cerebro: eso me ha salvado del hastío desecante ó de la irremediable vulgaridad de una Jaupy.

Un año hace que vivo con la vida intensa de otros tiempos; con la de los años de liceo á la sombra de la gran biblioteca. ¡Y hay á la verdad, mejores horas que las que paso noche á noche, debajo de mi lámpara, gozando intelectualmente con los mas grandes ingenios del mundo ó entretenida con mis propias ideas?

En uno de mis viejos libros del Liceo, encontré esta frase de Virgilio, que trazó mi mano á la edad de quince años: «De todo se cansa uno, menos de comprender». . . ¿Tenía acaso la intuición del porvenir que me aguardaba el día en que, niña aún, transcribí ese pensamiento?

¡Quién sabe! Pero repetiré, que no debo quejarme de la vida, pués me ha impartido los dos goces más elevados que pueda concebir mi mente: el de vencer y el de comprender! Es mucho, al fin, para una existencia sola; no pretendamos, pués, lo imposible.

Siéntome, de tiempo en tiempo, acometida de una vaga nostalgia, pero esa debilidad es transitoria. Algunas veces, á la hora incierta de la tarde, cuando las campanas exhalan su aérea queja, atravesando los barrios populosos, veo á la puerta de los hogares, pobres grupos que turban mi corazón: madres que presentan su seno á los labios de un niño ó que besan con pasión una cabecita rubia. Bajo el velo del crepúsculo, esos grupos traen á mi memoria los bellos cuadros de Eugenio Carrière que me arrancan un suspiro; y torno á mi hogar triste y desalentada.

Pero no bien he entrado, cuando vuelvo á sentir el encanto de mi vida independiente y pensativa olvidando todo aquello que hubiera podido ser y que no ha sido. Aquel piano donde mis dedos evocarón tantas voces deliciosas, está allí; están también mis libros, todos, que me invitan, que me llaman; y sobre la chimenea, único adorno de mi *estudio particular*, la pequeña Atenea de mármol cuya cabeza con casco, presenta su airoso perfil de barba prominente, semejante á la mía.

Dulce es vivir así, á solas consigo mismo, en el silencio y la soledad que ensanchan su círculo á nuestro rededor. ¡Oh, soledad! . . . Varios de los seres que yo amaba han desaparecido. A la apreciable Srita. Bourdil, mi primer afecto después de mi abuela, se la llevó, joven todavía, un rápida enfermedad. La Sra. Coppel cuya alma delicada me fué tan simpática, está, hace un año, reposando bajo el césped de su pais natal. En cuanto á la Srita. Esther, siempre severa y poco comunicativa, casi ni me escribe ya. La Jaupy, aunque nos cobije el mismo techo, pareceme más distante aún que los muertos, porque en ella el alma está muerta ó nunca ha vivido; y por otra parte, es de temerse que

su glotonería la despache prematuramente á las márgenes sombrías.

Quédame tan solo la Sra. Elder con sus ojos penetrantes leyendo en mi alma. Nada ignora, probablemente, de los tormentos recientes, de los combates íntimos de que he salido, tras de un martirio nunca olvidado, victoriosa al fin.

Ni una palabra se cambió entre nosotras sobre el espinoso asunto; mas si los labios callaron, los corazones han hablado y se han comprendido. Sí, ella, con su fina percepción, ha sabido estimar en el mío, impenetrable para los demás, el orgullo de poder restañar la sangre que aun vertiera. Ella me ama y dentro mi desierta vida experimento, en medio de las horas mas difíciles, una legítima satisfacción, porque estoy sintiendo que su pensamiento elevado y noble me sigue y me acompaña con tierna solicitud. Sé que si cualquiera mañana me encuentran por ahí, muerta, con la cara sobre un libro abierto, habrá en la tierra una mujer buena aún para derramar una lágrima, y para depositar algunas flores sobre el mísero despojo que fuere mi cuerpo, una vez extinguida la llama que ardía en él.

XXIX.

Junio 28.

La elaboración del presupuesto que ocupa tanto tiempo á nuestros legisladores, no es más que un juego de niños comparado con el presupuesto mío. ¡Todavía, si tuviera el recurso de votar anticipos en mi favor!

Mi situación financiera parece en el más irremediable marasmo, la veo peligrar día por día, desde que la Srita. Mothe ha venido á establecerse aquí.

La Srita. de la Mothe cuyo padre firmaba «De-

lamothe» (¡se hacen tantas reformas en la ortografía!) tiene en su abono desde luego, el prestigio de la partícula «de». La partícula es una joya pasada de moda que los franceses que hicieron tres revoluciones, gustan aún de colgarse al cuello. Además, la Srita. «de la Mothe» fué alumna del Sagrado Corazón y tiene ahora que resolverse á la ínfima situación de maestra de piano, con motivo de grandes reveses de fortuna. Cuéntase que tales reveses los provocaron ciertas especulaciones, no muy limpias, de su padre, valiéndole á este personaje algunos meses de reposo á expensas del Gobierno. Lejos de mí el propósito de juzgar á la apreciable profesora responsable de las faltas paternas; pero anda equivocada al creerse interesante por ese acontecimiento que más convendría ocultar... eh?

Nimbada con esa triple aureola de *nobleza antigua, educación aristocrática, reveses de fortuna*, muy indicado estaba que la Srita. «de la Mothe» hiciera furor en nuestra pequeña ciudad. Efectivamente, se la arrebatan, dicho sea; y las mamás experimentan cierto orgullo en que los dedillos rosados de sus retoños sean guiados en el marfil por las aristocráticas manos de esa *grandeza venida á menos*, ahora mi colega.

¡*Noble arruinada!*... Estas palabras tienen un atractivo novelesco á los ojos de nuestras necias burguesas: cada una de ellas quiere pagarse el lujo, á razón de tres francos la hora. He sabido por la Sra. Elder cuyo testimonio no debe ponerse en tela de juicio, que la Srita. de la Mothe es una música muy por debajo de la medianía; pero como se ve, no es esto lo que importa. Yo, desde aquí, las oigo explicarse, á todas esas que me dejan por la profesora de moda:

—Ciertamente, no hay qué quejarse de la Srita. Hoël, da muy á conciencia sus lecciones; pero la

de la Mothe está tan en boga y es una persona tan digna de interés. . . .

Pero yo, ¡oh gente novelera é insensata! Yo, ¿no soy digna de interés porque no he disfrazado el nombre de mi padre, porque mi padre era un hombre honrado que no supo enriquecerse ni arruinarse robando á los demás; y en fin, porque siempre he trabajado y no faltó á mi decoro con trabajar para vivir?

Lo que de todo esto resulta mas claro, es que mi bolsa está muriendo de inanición. la pobrecilla; tan menguada, tan blanda, tan enflaquecida, que importa mucho pensar en . . . ¿pero por qué medio? . . . poner coto á su rápida consunción.

Julio 1. °

Esta mañana, después de haber pasado las primeras horas muy atareada en el jardín, entraba alegremente á la cocina llevando conmigo el olor del espliego y del tomillo que mis faldas habían tocado; y cuando, con gran apetito, me disponía á tomar mi ración de café con leche, la Srita. Hortensia entra como ráfaga, comprimiendo trabajosamente su exuberante seno.

—Querida mía—grita.—¿no sabe Ud. el noticia? . . . !Ha vuelto el Sr. Elder!

No respondí. De un golpe se me calmó el hambre y mis manos temblaban cuando partía el pan.

En seguida fui á vestirme para ir á dar mis clases. Tenía flojas las piernas cuando subía la escalera. Al acercarme al espejo para prenderme el sombrero, reconocí mi semblante de los malos días: los ojos duros y resueltos y los dos pliegues verticales y profundos entre las cejas.

—¡Tenía que suceder—murmuré,—pero esa

prueba no me asusta: tiempo hace ya que nada me amilana!

No tengo mas que tres lecciones. . . ¿No tendré otras pronto? . . En todas partes se habla del que *acaba de volver*. En cuanto á la Srita. Hortensia que há mucho descuidaba sus prácticas religiosas, no sale de las iglesias con el fin de recoger más y más detalles.

Encontré á la Srita. de la Mothe encapirotada por la Sra. Pigois que se ha constituido en su ángel guardian. La simpática viuda pasea á su protegida como un trofeo y no gustará de reposo, sino hasta tanto que me haya dejado sin una discípula. Nuestras miradas se cruzaron: la suya, rebotando hiel y maligna intención; la mía, tranquila, desdeñosa.

¿Qué pretende esa mujer? Arrancarme hasta el último bocado? El mundo es grande y en todas partes hay trabajo. Después de haber afrontado la lucha de tantas cosas íntimas, necesario se hará emprenderla desde luego por el pan. ¡Tanto mejor! Lo difícil me atrae y gracias os doy ¡oh providencial Pigois! porque me reanimáis en mis bien probados instintos de luchadora

Julio 20.

Acabo de escribir á Inglaterra, donde espero hallar colocación en un colegio.

Hay que partir para no morir de hambre. La Srita. de la Mothe lo ha acaparado todo: no me restan mas que cinco alumnas y la vida se me está volviendo imposible.

Partiré sin lamentaciones. Todo cuanto aquí veo, todo cuanto me rodea, me inspira hastío y cansancio profundos. No amaba mas que á la Sra. Elder

y estoy separada de ella, pues me estremezco á la idea, tan sólo, de arrostrar la presencia de *El, que ha vuelto*.

Atravesando la ciudad esta tarde, á los rayos de un sol abrasador, dediquéme á pensar qué haría el día en que el destino me pusiera frente á frente de ese hombre que tantas preocupaciones y tantas lágrimas me ha costado. Si de nuevo surgieran aquellas ilusiones para decepcionarme más y más, haciendome sufrir todavía... ¡ah, no!... Permaneceré fría, sin experimentar otra cosa que esa melancolía producida siempre por el recuerdo de algo que, pasado, se vuelve como ajeno á nosotros mismos.

Aunque, á la verdad, no atino qué clase de impresión haya de causarme ahora la presencia de ese hombre, puesto que he cesado de verle á través del prisma de mi imaginación.....

¡Imaginación! Bien pudiera explicar esta palabra todas mis grandes penas de la otra primavera. Yo, el pobre ratón de biblioteca ¿sabría nunca concebir otro amor, que un amor de cabeza? Llena ésta con el «Tannhauser» y «El Buque Fantasma» de Wagner, y demás símbolos y leyendas, trové en elocuente dúo de amor lo que solo fué un mero incidente, sin darme cuenta de que yo misma me hacía las preguntas y me daba las respuestas.

XXX.

Julio 26.....

Tarda mucho en venir la carta de Inglaterra. ¡Día salvador aquel en que yo pueda huir de aquí! Hoy por la mañana he recibido esta esquila de la Sra. Elder;

«Mi fiel amigueta me abandona porque me está visitando la dicha? Mal hecho. ¿Ignora Ud. que yo no puedo ser enteramente feliz si no la veo? Venga esta tarde, deliciosamente fresco está el gran jardín que tanto le gusta. Venga, si algo le interesa que yo no crea que Ud ya no me quiere.»

Hacia las cuatro y media, me dirigí á «Villa Blanca»

Era la tarde verdaderamente esplendorosa. Las pequeñas fincas de campo, diseminadas en aquella árida llanura, tenían una frescura de acuarela; chispas de oro rociaban la tierra bermeja entre el verde obscuro de los castaños, el azulado de los sauces y los grandes lirios silvestres.

En medio esa fiesta de luz y de perfumes, me sentí repentinamente vieja, pero con irremediable vejez y sintiendo también que nunca más la triunfal sinfonía del verano haría que tornasen mis alegrías de otros tiempos. Envidié á los viejos sauces con sus troncos carcomidos que en cada primavera reverdecen con corona de juventud.

Y no tengo todavía veinte y cinco años. ¿Qué mal he hecho á ese hombre del cual, acaso dentro de unos instantes, tendré que afrontar la inquietante mirada?

Este pensamiento me hace titubear; pero ¡adelante! Sí, no hay que darle á sospechar lo que por él he sufrido: semejante humillación seríame mas cruel que todos mis pasados infortunios. Fuerte estaré, sin desfallecimiento en la voz ni en el ligero batir de mis párpados; ningun movimiento traicionará mi emoción.

El campanillazo que acabo de dar en la puerta de la villa, ha repercutido en todas mis fibras nerviosas; mis arterias laten, me ahoga el corazón. Ello, va á ser duro... eso sí. ¡Valor!

La Sra Elder que leía sobre el terrado, me tien-

de ambas manos y con su sonrisa encantadora, dícame palabras que no he oído, porque á veinte pasos, en pié y vuelto de espaldas, se halla. . . él, hablando con el viejo jardinero que corta las rosas marchitas de un tupido canastillo.

Las dos marchamos en esa dirección durante un minuto, perdiendo yo la conciencia de todo. A través de la especie de bruma que nos envuelve, no percibo mas que el ruido regular de la cizalla.

Estando ahora á tres pasos de él, que no se mueve, hay un segundo terrible en que me exhorto interiormente: «Sé fuerte y sé altiva.» Con voz segura y con el tono del saludo á un indiferente á quien se ha visto la víspera, digo:

—Buenos días, caballero.

Entonces se vuelve. Una mortal palidez cubre su semblante, nótanse sus ojos sombreados de tal manera, que parecen dos pozos negros. Otro momento de silencio; momento. . . enorme. Luego, repuesto ya y formulando las cortesías de estilo, me ha tendido la mano.

Yo alargo la mía inerte y helada, hasta dar en la suya tibia, casi calenturienta.

Debió tener la sensación de una mano de muerta en aquella su opresión que, aunque rápida, dejó vibrando mis nervios todo el resto del día.

Hemos vuelto á sentarnos en la terraza y la Señora me muestra la última carta de Ibona, actualmente en París con su padre. Mi turbación es todavía tan grande, que recorro las cuatro páginas sin poderme fijar en una sola palabra.

Ella reanuda la conversación y yo, que siento el gran estremecimiento interior de las horas de tempestad, procuro ser dueña de mí misma sin contarle lo que he sufrido, ni tampoco que su hijo ha hecho de mi vida un desierto. Hablo con tranquila voz de mil cosas indiferentes soportando, sin pesta-

ñear, la mirada de abismo que él tiene clavada en mí

Poco después me he puesto á observarle. Sentado algo lejos de nosotras, en una mecedora de mimbre con la cabeza echada hácia atrás y un brazo bajo la nuca, mira á lo alto.

Contémplole con ardiente curiosidad sin que mi vista pueda ya separarse de él. Reconozco los rasgos todos de aquella cara: la misma frente, alta como torre misteriosa que me irrita aún, por todo lo que de desconocido encierra; sus ojos soñadores, esos ojos sin fondo de los cuales un destello me hacía probar todas las angustias ó saborear todas las alegrías; y los labios, siempre esos labios que revelando están el mando.

La Sra. Elder me arranca de ese estado contemplativo, proponiéndome que vayamos á ver al fondo del jardín, la pajarera con los nuevos ejemplares adquiridos últimamente. Unos lucen su brillante plumaje, otros empapan su pico en el agua cristalina de los abrevaderos de cristal. Mirámoslos los tres, apoyados en la celosía: curiosos bengalís, cotorras diminutas y otras avecillas que modulan sus nostálgicos cantos.

El perro del Sr. Elder nos ha seguido: un soberbio grifo, nuevo y jugueton que brinca de gozo al rededor de su amo. Este, con aire distraído, ora aparta al turbulento animal, ora le pasa los dedos suavemente por el rojo pelo. Entretanto, la señora pronuncia nombres de pájaros extraños que yo no escucho, divagada con otro género de ideas.

En esto, vinieron á avisar que estaba allí el proveedor que la misma señora había mandado llamar.

Azorada ante el peligro de quedarme á solas con el hijo, cosa que yo temía por encima de todo, intenté practicar la retirada; pero ella protestó con

resolución, suplicándome que la dispensara por algunos minutos nada más.

Y solos él y yo pusímonos á andar maquinalmente por los senderos de arena que á nuestros pasos crujía. Yo temblaba y tenía la garganta seca, sin poder articular una palabra; pero como aquel silencio se eternizaba, armándome de valor empecé á hacer consideraciones, nada nuevas por cierto, sobre la inteligencia del perro.

El no respondió. Tras de una pausa, se me acercó algo más y dijo con voz sorda:

—¿No me ha perdonado Ud?

El momento tan temido había llegado. Tuve que recurrir á toda mi voluntad y apelar á todo mi orgullo para decirle á mi vez con entereza:

—¿Qué es lo que tendría que perdonar á Ud?

—Ud no me ha perdonado que haya partido hace diecisiete meses, á pesar de su proceder tan bondadoso cuanto enternecedor para evitármelo.

—Diecisiete meses! —repetí lentamente— Ud habla de cosas ocurridas hace ya tanto tiempo, que no me acuerdo.

Se detuvo y mirándome con fijeza:

—¿No se acuerda Ud?—recalcó.

Yo me quedé como de piedra bajo aquella mirada y repetí con frialdad:

—Nó, lo he olvidado todo.

—Pues bien,—repuso con voz entrecortada que traicionaba los fuertes latidos de su corazón— Voy á recordárselo á Ud. En esa época venía Ud casi diario con mi madre que la quería ya mucho y á quien una tarde encontré llorando porque había decidido yo efectuar un viaje que la disgustaba por completo. Entonces, no escuchando Ud. mas que á su propio corazón; corazón nobilísimo cual no he conocido otro, vino sola á verme. Vino Ud. estremecida como el pajarillo que se encuentra prisionero

nero en nuestra mano. Se puso de rodillas ante mí levantando esos ojos que mostraban toda la pureza de su alma. Durante aquellos instantes, acometiéronme deseos insensatos de tomarla á Ud. en brazos y de llevármela al fin del mundo. Pero tuve miedo, desconfié de mí mismo... ¡Tantos caprichos de una hora he tenido por algún amor que creyera eterno!... Salió Ud. y yo me juré partir sin volverla á ver...

Yo escuchaba con la cabeza baja pensando con indecible amargura que en una hora de la vida la felicidad nos había rozado con sus alas y que él la había rechazado... ¡Desierta sería por siempre mi vida, puesto que él había tenido miedo de amarme!

Continuó bajando aún la voz.

—Después, muy á menudo, me he preguntado si al separarme de Ud. con tanto sentimiento, no le habría dejado, cuando menos, una melancolía fugitiva.

Con helado acento le corté la palabra:

—Quizás,—pero repito, todo eso es muy lejano y ha caído en el olvido.

Y le vi sin mirarle. Llevóse la mano á la frente con expresión de dolor, en el instante que reaparecía su madre por el extremo de la avenida.

Minutos después me despedí: muy atormentada, enferma de alma y cuerpo, llegué á casa.

.....
 ¡Me ha amado, me ha amado aunque no sea mas que una hora! Esta pura reflexion debiera penetrarme de inmensa alegría. ¡Tantas ternuras perdidas ¡ay! ¡Tanto amor,—pienso—que hubiera podido embellecer la vida en tanto nos secábamos, él y yo, en las dos extremidades del mundo!

Agosto 5.

El porvenir se presenta negro, negro. Muy pronto me faltará el pan. Mas... ¿qué es esto comparado con el otro suplicio?

Desde la última vez que le ví y que me habló, mi alma está más adolorida, mas debilitada que nunca... ¡En un cuarto de hora, perderse el fruto de tantos esfuerzos heroicos!

Rumiando estoy nuevos proyectos para abandonar este país donde ya no puedo vivir. Me proponen una colocación en el Canadá, América: el Oceano de por medio entre los dos.

...¿No será aún bastante?

XXXI.

Agosto 10. Media noche.

¿Estaré capaz de escribir? Me tiembla la mano y apenas puedo tener la pluma. No obstante ¡tengo tal necesidad de contarme á mí misma mi dicha; dicha melancólica mojada con llanto y que no es comparable á goce alguno terrestre!

Trájome hoy el correo un libro y una carta. No me ocupé, por de pronto, de examinar el impreso: un presentimiento me hizo temblar en el momento de romper el sobre de la carta que era de letra masculina desconocida.

Esta carta que he empapado con mis lágrimas y estrujado bajo mis labios, héla aquí:

"Señorita: Le envío un libro que he escrito para Ud. con la cabeza y el corazón llenos de su recuerdo. Al escribirlo para Ud. me habia forjado hermosas quimeras que se han desvanecido, carísima niña, desde sus primeras palabras. No me

quejo... ¿tengo acaso el derecho? Pero oiga Ud: marchó mañana, y ya que me alejo sin idea de volver, permítame que le diga cuánto la he amado. Concédame un instante la ilusión de que Ud. no es ya para mí una extraña; déjeme nombrarla con esos nombres de ternura á los cuales me he acostumbrado en las expansiones que mi corazón tenía con el suyo.

Ya se lo dije á Ud: partí hace diez y siete meses porque tuve miedo de engañarme: tuve miedo de mentirle á Ud. y de mentirme á mí mismo diciendo: «amo á Ud.» No sabia hasta qué punto me hallaba enamorado de Ud. y me rebelaba en contra de lo que juzgaba como uno de tantos caprichos, al advertir que Ud. era casi una niña y yo, muy pronto cuádragenario. Partí con la seguridad de una rápida curación. ¡Tantas cosas que iban á absorber mi vida: el siempre variado espectáculo del camino, el trabajo, el arte, . . . el placer que aturde! Al cabo de algunos meses, creí haber olvidado á Ud. y comencé por reír de este amor novelesco, algo ridículo á mi edad. Pero á medida que pasaba el tiempo, iba comprendiendo más y más que el recuerdo de Ud. estaba siempre conmigo. Si abría un libro, pronto mis ojos se apartaban de la página y decía: "Ella pensaba de ese modo." Si en mi presencia tocaban ó cantaban algún trozo musical, me sentía triste hasta llorar y pensaba: "No es así como ella cantaba." Cuando algunos hermosos ojos de mujer se fijaban en los míos, yo me esquivaba notando con dolorosa nostalgia: "No, ninguna tiene su mirada en que yo leía toda aquella alma cariñosa aunque bravía." Y si formando estaba algunas páginas para una revista, me preguntaba de repente: "¿Leerá ella ese artículo?" . . . Y la pluma se me caía de las manos; miedo tenía de los ojos severos de Ud; miedo de la mueca de desdén de su boca cuan-

do se ocupa de los autores frívolos é inútiles. Mucho había pensado en el libro que Ud. me indicó un día, como en chanza. Me dediqué á escribirlo emocionado, con ternura y con entusiasmo, pues tenía la ilusión de hablar en él á Ud. sola, niña mía.

Ahora que lo he terminado, vengo á ofrecérselo; quisiera ofrecérselo de rodillas, diciéndole: "He puesto en esas páginas el alma nueva que Ud. me ha formado y todo mi corazón que es suyo." Acepte pues el libro, reciba el corazón, y déjeme marchar hasta el fin de la vida estrechando su manecita en la mía. Solamente andando así, amor mío, no daré ningún paso en falso; ¡Ay! Lo que se apetece como un sueño dorado ahoga en la garganta, cuando lo que anheláramos es que fuese la realidad. Volví á ver á Ud. y en tanto que mi pecho se desbordaba de ternura, no encontré sino palabras secas y banales. Sí, Ud. me respondió con marcado desdén. He comprendido, por ende, que entre nosotros estaba lo irreparable; habíame forjado sueños insensatos y tal vez olvidado, demasiado pronto, que soy un viejo que ya no puedo inspirarle á Ud. mas que una poca de conmiseración.

Me voy, me voy dejando á Ud. ese libro que creo será de su agrado. Piense Ud. alguna vez al leerlo, niña adorada, que la he amado mucho.

Este amor, tan nuevo y tan puro, ha surgido un poco tarde en mi vida rehaciéndome un corazón mas joven que el de los veinte años. Hasta mi última hora estaré bendiciendo á Ud. ¡Oh, María! porque Ud. me ha enseñado á amar y á sufrir. Ahora, si este afecto que las torpes palabras no sabrían expresar no ha de conmover á Ud., que dulce le sea, por lo menos, esta creencia: la he amado á Ud. con lo mejor que hay dentro de mi alma, estimando la suya cariñosa y altiva; la he amado

como el único ser á mis ojos absolutamente bueno y perfectamente puro. He adorado á Ud. como al ideal mismo.

Adios, dulzura, bondad querida. Déjeme Ud. aunque no sea mas que con el pensamiento, besar muy despacio sus pequeñas manos.

Lucas.»

No sé el tiempo que duré leyendo esta carta; sólo sé que tuve momentos como de inconciencia; lo violento de la emoción me dejó suspensa, anonadada. Me eché en la cama y después de permanecer gran rato inmóvil y con los ojos cerrados, desenvolví al fin el libro. . . ¡Su libro!

Sobre la pasta se destacaban en caracteres negros estas palabras: «A LAS QUE ESTAN SOLAS» por Lucas Elder.

Besé el título, besé el nombre del autor y comencé la lectura.

He encontrado en esta obra, mi alma toda que su cariño adivinó. He vuelto á encontrar mis ensueños, mis grandes infortunios, mis aspiraciones á lo bueno, mi amor por el esfuerzo y por la lucha; y todo eso expresado en un estilo sencillo á la par que vigoroso y de altos vuelos.

Dirígese ese libro á aquellas que siempre me han preocupado y que me han atraído de preferencia; á las jóvenes de amor olvidado ó desdeñado, á las tristes almas huérfanas que llevan con decoro su soledad sin dejar transparentar nada.

A esas solitarias, á esas ignoradas les dice: "Sed abnegadas y fuertes, evitad el vértigo de la quimera y no consumais vuestros mejores años aguardando lo que tal vez no deba llegar nunca. Sed buenas: aquí abajo, todo ser sufre y espera algo de vuestro corazón. Sed inteligentes, abrid vuestro espíritu ámpliamente á la verdad y á la luz. Sed

muy altivas, no os entregueis por despecho, por ociosidad ó por fastidio, á ningún hombre que no os merezca. No acepteis otro amor que el que pueda elevaros; y si no lo encontráreis, conservad como un tesoro vuestra austera soledad. No digais: «Mi vida se ha perdido.» No, por que la Felicidad no es todo, y á cada una de vosotras os toca hacer que fulgure el resplandor de lo bueno de esa vida sin placeres ni deseos egoístas.»

Sonaban las cinco cuando leía yo la última página. Encerrada desde por la mañana en mi habitación, no me había movido ni para ir á dar mis lecciones ni para almorzar; hasta la Srita. Jaupy ignoraba que estuviese en casa. Los cinco campanillazos del péndulo me llamaron á la realidad:

¡Las cinco, y él debe partir á las siete!

Me pongo en pié de un salto, me vísto y me peino violentamente. Estoy muy pálida, pero figúrase me que están bellos mis ojos... ¿Le gustaré hoy así al gran amigo, al queridísimo amigo?...

Salvé, casi corriendo, los tres kilómetros que me separaban de «Villa Blanca»

XXXII.

Encontréme en el vestíbulo á la Sra. Elder que con el semblante muy alterado y los ojos enrojecidos, no pronuncia mas que estas palabras:

—¡Quiere volver á partir!

—Por eso he venido—murmuré

—¡Ah—exclamó,—había adivinado!

Y con un movimiento febril me cogió del brazo:

—¡Venga Ud!

Pero luego, reflexionando:

—No, vaya Ud. sola: está en el fondo del jardín.

Y me miró con su mirada ansiosa de madre:

—Usted, lo ama mucho... ¿no es cierto?

Incapaz de responder, prorrumpí en ahogados gemidos.

Ella se me acercó aún más y con acento que me conmovió hasta el fondo del alma, repuso:

—Esta hora es decisiva, hija mía. Tiene Ud. entre sus manos el destino de un hombre: ¡ámele como Ud. sabe amar y hágale dichoso!

—¡Le amo—contesté anhelante—de todo corazón; y será feliz, yo se lo prometo á Ud!

Me besó en la frente y abriendo con prontitud la puerta que da al jardín:

—¡Vaya Ud!—dijo.

Tomo la gran avenida que serpentea entre los rosa-laureles y las magnolias, y corro hasta el estanque de Diana: allí debe estar.

Efectivamente, allí está, inclinado hácia adelante, con los codos sobre las rodillas y absorto de tal manera, que no me ha oído llegar. Levanta, al fin, sus hermosos ojos y me ve á pocos pasos de distancia. Yo, digo solamente:

—¡Aquí estoy!

Y caigo sobre su pecho, sollozando.

Sus brazos me enlazan fuerte, pero dulcemente; luego me lleva al viejo banco, apoya mi cabeza en su hombro y lloramos los dos.

Sonreímos á poco entre lágrimas, hablamos á un tiempo intentando la loca empresa de comunicárnoslo todo.

—Alma querida—empieza él con gravedad—¡cómo las cosas más viejas vuélvense frescas y vivas al pasar á tus ojos y á tus labios!

El juego de agua susurra siempre, la arrogante Diana nos ve... y yo la compadezco porque es estatua....

Cae la tarde

—Hay que separarnos, niña mía—dijo él reteniéndome aún en sus brazos.

Sí, hay que separarnos, lo sé. Soy razonable y juiciosa, puesto que desato el dulce lazo en que me hallo presa.

Ambos nos dirigimos juntos á la casa sin hablar ya; en medio de nuestra ventura inmensa, nos detenemos á veces para mirarnos más y más. . . . y sonreímos sin chistar. ¡Oh, sus ojos hermosos, brillantes; cuánto más jóvenes están hoy, alumbrando con luz de aurora!

La Sra. Elder que aguardaba en el salón, se ha levantado y sin decir palabra, estrecha á su hijo con efusiva melancolía. Aquella madre admirable siente, quizás, dasfallecer su corazón de mujer en el momento de ceder á otra el hijo adorado, la pasión de su vida. El, en medio de la satisfacción que le rodea, pensará, á su turno, que ningún afecto en el mundo habrá de valer lo que ese.

Tales consideraciones me inquietan como un remordimiento; súbita timidez hace apartarme de la madre y del hijo y llorar, resintiéndome á la vez que honda tristeza, goces inefables.

Es muy tarde ya. La Srita. Jaupy. . . ¡pobre! . . . está roncando, abajo. La tibia y plácida noche, convida á escuchar el canto de las ranas, desde sus zanjas aspirando la vida. . . . ¡Oh, la vida!

El sale mañana para Paris á arreglar asuntos urgentes, á fin de poder, á continuación, no ocuparse mas que de mí: escribirá todos los días y regresará dentro de unos quince. ¡Dios mío, Dios mío! ¿Será cierto? . . .

¡Oh, ese día voy á sentirme muy cohibida: ¡tantos ojos que se estarán fijando en mí! . . . ¡Y qué prieta me verá por entre el blanco velo de tul!

Mas, ¿qué importa todo ello, ni qué tampoco, las

observaciones de los indiferentes? . . . ¡Nos amamos tanto! . . . ¡Nos amarémos tanto!!

 XXXIII.

Agosto 20.

¡Cómo te he descuidado, mi pobre cuaderno! Es que ahora tengo otro confidente de todos mis pensamientos. ¡Tantas cosas quiero decirle todas las noches, que ya no hay tiempo de escribir para mí!

Actualmente, estoy despertando á las tres de la mañana, pensando en que el correo ha de venir á las siete. ¡Con qué palpitaciones de corazón tomo de manos del cartero cada nueva carta ¡y con qué estremecimientos la abro y la recorro hasta la firma!

¡Lucas. . . ! Este breve y carísimo nombre, colocado abajo de la página, lo recogen mis labios como un beso! Esas sus lindas cartas me deleitan, me arrullan con dulces embriagueces; pareceme vivir en sueño maravilloso. Procuro no hablar, de miedo de publicar mi dicha; y ni los ojos levanto, temerosa de que hasta los mas indiferentes se deslumbren con sus irradiaciones!

Agosto 25.

En medio de mi delirante alegría, no me había imaginado que un rayo pudiese caer en seco y aplastarme. El cartero me entregó esta mañana dos cartas: la de él y una de la Srita. Esther. Abrí primero ésta, para prolongar de ese modo las finas caricias que aguardaba en aquella.

Desde luego, me chocó sobre manera la extrema-